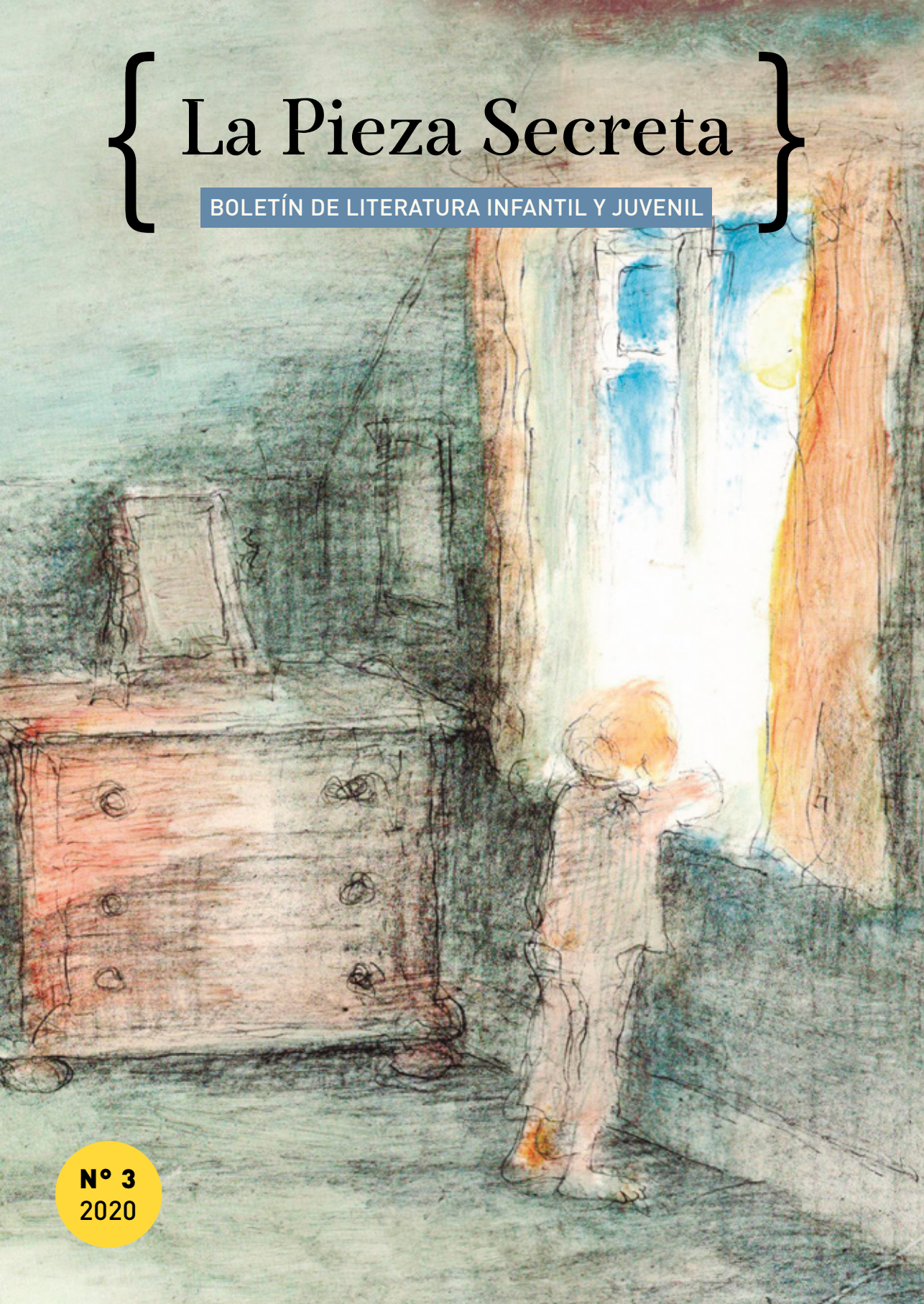
La Pieza Secreta

BOLETÍN DE LITERATURA INFANTIL Y JUVENIL



Nº 3
2020

DIRECCIÓN
María Antonia Carrasco

EDICIÓN Y TRABAJO PERIODÍSTICO
Charlotta Copcutt y
María Antonia Carrasco

DISEÑO
Liza Retamal Salinas

COLABORADORES
Noémie Belanger, Morten Dürr, Ximena Galdames, Anne Hansen, Tove Krebs Lange, Felipe Reyes.

ILUSTRACIONES PORTADA Y PÁGINA 2
Ib Spang Olsen, de Hjemve (Nostalgia de casa). Gyldendal, 1993.
Anna Höglund, de *Kan du vissel Johanna* (¿Sabes silbar, Johanna?). Host & Son, 2014.

ILUSTRACIÓN CONTRAPORTADA
Svein Nyhus, de *Bak Mumme bor Moni* (Detrás de Momo, vive Mori). Cappelen, 2000.

CONTACTO:
San Enrique 339ª, Cerro Alegre.
Valparaíso
Teléfono: 32 321 64 01
bibliotecaslibroalegre@gmail.com
www.libroalegre.cl
Facebook: Bibliotecas Libroalegre
Instagram: libroalegre

"La pieza secreta" es una revista del Centro Chileno Nórdico de Literatura Infantil, ONG que tiene dos bibliotecas infantiles –Libroalegre- en Valparaíso. La Organización desarrolla diversos programas de promoción de la lectura desde 2001 y cuenta con más de 10 mil libros de literatura infantil y juvenil contemporánea, con especial énfasis en títulos procedentes de los países nórdicos.

Les invitamos a refugiarse, en estos días extraños que vivimos, en nuestra pieza secreta,

un lugar para pensar e imaginar, y también sentir añoranza, interpelados por la literatura infantil y juvenil contemporánea. En este tercer número hemos indagado sobre la NOSTALGIA en los libros para niños y jóvenes, lo que nos ha suscitado algunas preguntas: ¿Qué es la nostalgia? ¿Es lo mismo para todos? ¿Sienten nostalgia los niños?

En las páginas de este nuevo boletín encontrarán diferentes miradas y aproximaciones. Algunos se explican la nostalgia como un sentimiento complejo, difícil de entender y expresar en la infancia, otros postulan que los niños no tienen largos recuerdos y que por eso es dudoso que tengan nostalgia. También hay referencias a editoriales que se especializan en rescatar y editar libros antiguos, tal vez para crear una conexión intergeneracional, o que bien pudiera ser que publicar libros del pasado sea una forma de pensar el futuro.

El futuro es algo en lo que estamos pensando mucho en medio de esta crisis sanitaria que nos ha llenado de incertidumbres: ¿Cómo va a ser la vida a partir de ahora? Los niños y las niñas son más concretos: ¿Cuándo volveré al colegio? ¿Cuándo podrá venir mi amiga del alma a jugar a casa de nuevo? ¿Cuándo podré visitar a mis abuelos? ¿Es esto nostalgia? Como dice una de nuestras entrevistadas: "A veces se siente bien mirar atrás. Algunas veces se siente mejor que otras, dependiendo de cuán mal uno se sienta en el presente".

Quizás la nostalgia no tenga tiempo ni espacio y esté siempre en cada una de nuestras reflexiones.

4 **Tema: La nostalgia en la literatura infantil**
8 **Reportaje: Papelucho revisitado**
12 **Bajo la lupa: Sabes silbar Johanna**
18 **Pequeña biblioteca: Recomendaciones**
20 **Perspectiva Nórdica: Morten Dürr y Tove Krebs**
24 **Libros latinoamericanos: Doña Piñones y Camino a casa**
26 **La editora viajera**
28 **En voz alta: La escalera del lenguaje**
31 **Los lectores hablan**

Ilustraciones: Gry Moursund de Tre bilarg ogh en død katt

En Busca de la Nostalgia

Tres autos y un gato muerto, Tarde en noviembre y *Nostalgia de casa* son tres libros infantiles publicados en los Países Nórdicos en diferentes décadas de los siglos XX y XXI. El tiempo pasa a través de sus páginas y a la vez permanece en forma de nostalgia. En realidad, en distintas expresiones de nostalgia a las que accedemos a través de diferentes capas de lectura según la interpretación que cada uno haga como lector.

Tres autos y un gato muerto

El álbum noruego *Tres autos y un gato muerto* (Gry Moursund, 2016) es un libro cuyas ilustraciones transmiten una época – los 70 – a través de los ambientes donde se mueve la protagonista: una niña que va buscando al culpable del atropello de su gato en un pueblito en una isla en la costa noruega. Siguiendo a la protagonista en sus sentimientos de rabia y pena, y en la búsqueda del "asesino de gatos" como lo llama la niña desesperada, el lector entra en casas empapeladas con flores grandes de color marrón y naranjo, ve las cortinas con otras muchas flores y sillones en tonos café. La protagonista, retratada con una jardinera pata de elefante, escucha música en audífonos gigantes y en las fundas de los vinilos aparecen artistas como Roger Withaker y los ABBA. Son muchos los objetos y la ropa en las ilustraciones que evocan una nostalgia en el lector adulto, una sensación fuerte de una época histórica terminada. Algunos recordarán su propia infancia o juventud, otros reconocerán una década que fue, y que a lo mejor hubieran deseado vivir.

El estilo de los dibujos también contribuye al estado nostálgico del lector adulto porque todo está ilustrado con rayas de plumón, de la forma que suelen pintar los niños a cierta edad, pero llevado a la perfección. Son rayas que nos trasladan a nuestra propia infancia, a horas largas pintando en una mesa cuando uno pintaba por el proceso de pintar y nada más. El lector niño no necesita trasladarse a ninguna parte porque ese estilo de pintar forma parte de la vida actual, es decir lo que al adulto le produce nostalgia, al niño le produce identificación. Lo mismo pasa con la trama: la pérdida de una mascota es recurrente y fuerte en casi cualquier niño y fácilmente el niño se identifica con la pena que siente la niña y la rabia que necesita canalizar. Es muy posible que el lector adulto también se identifique con estos sentimientos pero desde sus recuerdos de infancia. Pareciera ser que la nostalgia en este libro funciona como estímulo al lector adulto, lo mantiene interesado y lo acerca a la historia que va contando la protagonista. Para el niño lector, sin embargo, la historia es la pérdida del gato y el rol detective del grupo de amigos de la protagonista, independiente del tiempo histórico o del lugar.

Lo destacable no es que haya estas diferentes capas de lectura (siempre las hay en la buena literatura infantil), sino que las capas se distinguen sobre todo en el dibujo. En la capa de lectura más aparente, donde la protagonista narra cronológicamente su búsqueda, vemos los hechos con la mirada de la niña no solo por la narración en primera persona sino también por las miradas infantiles que casi siempre aparecen dibujadas en ángulo desde abajo, mirando a los grandes alrededor. Al mismo tiempo, hay otra forma de verlo para el lector que adopte una mirada más amplia porque se abre un mundo con detalles y objetos donde penetra el tiempo pasado.

Tarde en noviembre

En *Tarde en noviembre* (Tove Jansson, 1970), el último libro de la serie Mumin, nuestro tema se transmite de otra forma. En un mundo que es totalmente de fantasía, la nostalgia aparece directamente en los sentimientos de los personajes. Con la llegada del otoño, seis seres, cada uno más raro que el otro, empiezan a sentir nostalgia por la casa acogedora de la siempre abierta familia Mumin. Es una nostalgia fuera del lector, originada en experiencias de los personajes, pero los recuerdos son muy reconocibles porque están impregnados de una felicidad que parece aumentar con la lejanía del hecho real: la brisa cálida al despertar en una pieza que daba al sur en la casa Mumin; el café esperando en la veranda y la sensación de despertar con una liviana alegría; jardineras cuidadas con el amor de la mamá y decoradas con conchas y piedritas de oro, y un sol que parecía eterno en la dulce compañía de la familia Mumin.

Ilustraciones: Tove Jansson, de Sent I november.

El otoño entrante y lluvioso lleva a los distintos personajes a volver al valle con la esperanza de sentirse mejor, pero su estado de nostalgia esperanzada se transforma en decepción porque la familia Mumin se ha ido, y la casa acogedora está fría y vacía. Los personajes se quedan como huéspedes en la casa esperando que vuelvan los Mumin con sus recuerdos de la vida alegre. Pero la familia no llega y en su ausencia, los personajes están obligados a convivir. Después de una noche de fiesta organizada por los seis, inspirados en como lo hubiera hecho la familia Mumin si hubiese estado, los huéspedes se van. La ausencia de lo recordado y la convivencia forzada los ha llevado a encontrarse con ellos mismos en el tiempo actual y aceptar el pasado como tal. "Desaparecieron en la ventisca de nieve, rodeados por la melancolía y el alivio que suele seguir a una despedida" (Jansson, 1970: 142).

La nostalgia en *Tarde en noviembre* llega a ser un motor para las personas, sin que eso se exprese explícitamente porque los mismos personajes no están muy conscientes de lo que están sintiendo. El estado nostálgico se construye en la mezcla entre las descripciones idílicas del valle y la mirada alejada de quien las recuerda. Parece ser el alejamiento del narrador de lo anhelado lo que carga el texto de melancolía y lo que permite al lector identificarse con las ganas de ir a ese valle tan idílico, y entrar así en el estado nostálgico del libro y sus personajes. En este caso, la edad del lector parece importar menos porque el deseo de volver a algo es muy concreto. Eso no quiere decir que el libro no tenga capas de lectura, al contrario es una historia que ofrece varias interpretaciones, solo que la sensación de nostalgia las impregna casi todas.

Nostalgia de casa

El título de nuestro tercer y último ejemplo establece desde su portada de qué tipo de nostalgia se trata: *Nostalgia de casa* (Rifbjerg y Spang Olsen, 1993). La historia se sitúa durante la segunda guerra mundial en Dinamarca, cuando muchos niños citadinos fueron enviados al campo por el riesgo de bombardeos y peligros en la ciudad. El protagonista es uno de estos niños y, a pesar de que los campesinos que lo reciben lo tratan bien y el lugar es muy idílico, él añora su casa y a sus padres, tanto que se enferma gravemente de lo que parece ser nostalgia.

A diferencia de los otros dos libros, donde la nostalgia la produce algo que ya no está o que ya no existe, en este la nostalgia la desencadena algo que sí está, pero que es negado al protagonista por un determinado espacio de tiempo. La alteración de la vida normal, de las cosas "como deben ser" -papá con el diario junto a la lamparita de leer, mamá yendo y viniendo para poner la mesa- es lo que provoca nostalgia en el niño. Es una nostalgia del presente originada en la preocupación de que el mundo que conocemos y amamos se destruya y desaparezca por completo. En el libro, este temor se representa en la intensa imagen de los padres despidiéndose en la estación de tren y haciéndose cada vez más pequeños a medida que el tren se aleja, hasta que desaparecen por completo y un gran hoyo negro invade el interior del protagonista. Posiblemente los lectores reconocerán la nostalgia independiente de la edad y del tipo de experiencia de vida porque casi todos nos enfrentamos a lejanías y cambios cada cierto tiempo.

Nadie en la granja sabe de las lágrimas diarias del niño protagonista cuando la puerta de su pieza se cierra cada noche para ir a dormir. Y no es hasta que se enferma que los demás se dan cuenta de cómo se está sintiendo, de la añoranza que no supo, o no se atrevió a expresar. Solo cuando la pareja campesina dice al niño enfermo que han hablado con sus padres y que va a volver a su casa, éste mejora y puede disfrutar la estadía fuera de su hogar. Es capaz de hablar con otros niños y ver la belleza de la naturaleza porque sabe que luego irá a casa.

Antes de irse, al lado del riachuelo y mirando "el agua clara correr", el niño deja que el agua fluya por su mano también y piensa que "todo cambia - todo el tiempo". Esa penúltima página del libro expresa un crecimiento en el niño, un desarrollo por la triste experiencia de añorar que invita a la reflexión sobre la imposibilidad de no sentir nostalgia si uno quiere moverse en la vida.

Las ilustraciones empujan a un estado anímico de recordar, más allá de la historia en sí, porque evocan una sensación fuerte del paso del tiempo: el tren que viaja, la vida granjera y el riachuelo que corre debajo de las manos del niño. El estilo borroso de los dibujos refleja como son muchas veces los recuerdos, y es aquí donde una nostalgia más generalizada de la vida, de su paso inexorable, aparece y afecta al lector con su melancolía preciosa.

Ib Spang Olsen, de Hjemve. Gyldendal

Tres libros, tres nostalgías

La buena literatura refleja nuestras vidas, y la nostalgia es parte esencial de la vida y del pensamiento humano. Es por eso que los libros infantiles también nos hablan muchas veces de la melancolía que origina la pérdida o la ausencia de algo. A veces esa nostalgia, dependiendo de en qué capa de lectura aparezca, puede ser un guiño a un determinado adulto. O puede ser la evocación de un mundo idílico que todos añoramos pese a no haberlo vivido e independientemente de la edad que tengamos. O puede ser terror a que lo que conocemos y amamos desaparezca por completo. ¿Cómo definir la nostalgia? ¿Es una música y un papel floreado? ¿Una casa vacía? ¿Un tren que se aleja? Es, eso sí, una palabra que cuando se pronuncia, no deja indiferente.

Por equipo periodístico Libroalegre

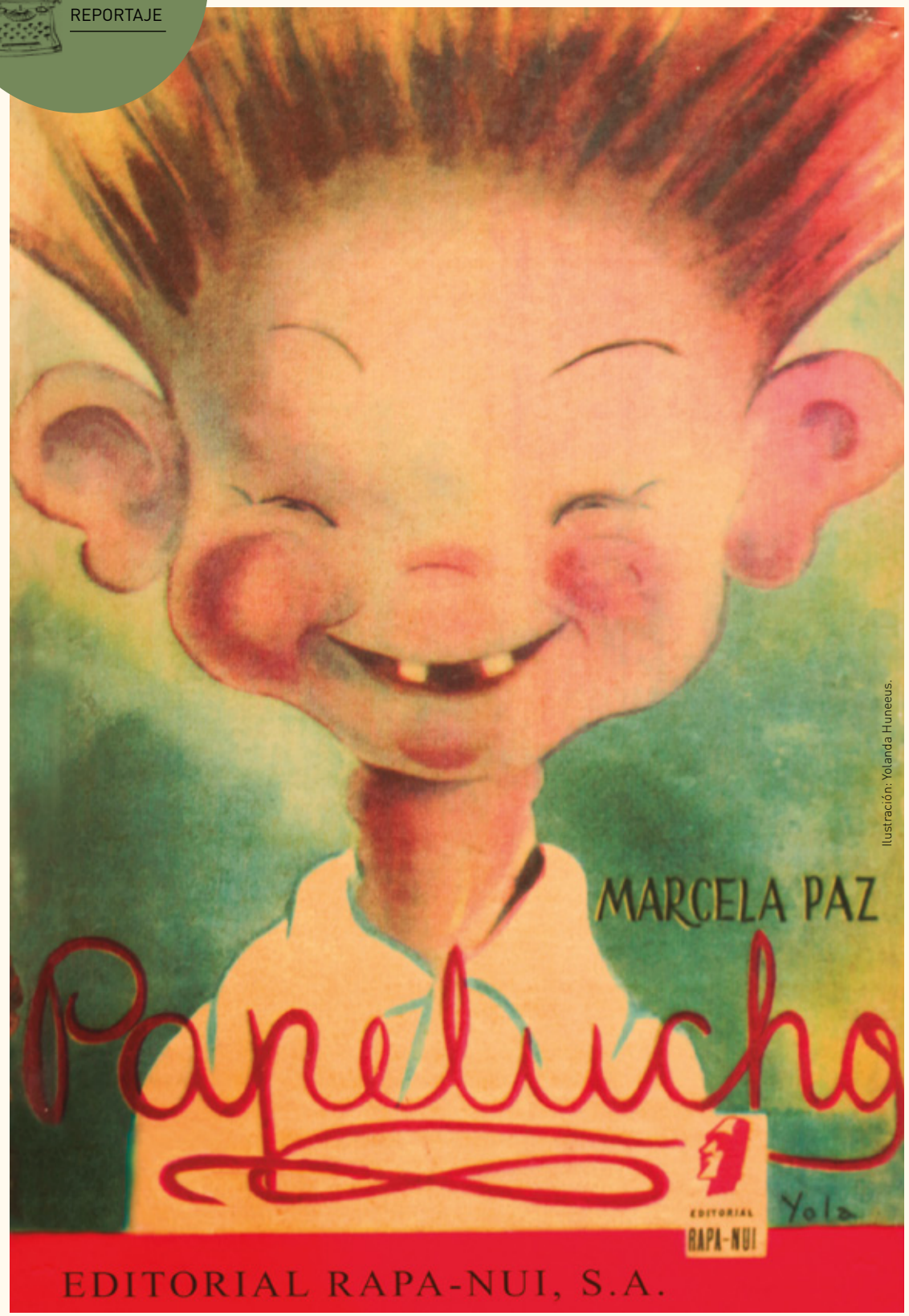


Ilustración: Yolanda Huneeus.

PaPeLuCho
Revisitado

Por Ximena Galdames

Para mi cumpleaños número nueve, mi mamá decidió que mi familia directa y extendida debía regalarme la colección de Papelucho. Mi abuelita y mis tías me regalaron uno cada una, y mis papás y hermanos, el resto. Todos decían que eran libros entretenidos. Mi mamá describía con delirio los ataques de risa que le provocaban cuando era niña. Su entusiasmo me generó curiosidad por descubrir el encanto de ese niño chileno que tenía tantas aventuras como libros. Al fin y al cabo, él podría enseñarle algo de chilenidad a una niña con nacionalidad chilena, pero con un pobre bagaje cultural chileno como el mío. Hoy me acerco al librero y los busco. Entre tanta mudanza y lecturas de cuatro niños, algunos perdieron su tapa y otros están perdidos. Pero la mayoría aún tiene en la primera página una dedicatoria de diferentes generaciones de adultos. Empujada por una cierta nostalgia, conversé con tres generaciones diferentes de lectores de Papelucho sobre sus recuerdos.

Felipe

Desde los siete u ocho años, Felipe, que hoy tiene 38, bajaba con su mamá en micro al centro de Viña para comprar un libro de Papelucho. "Era un viaje largo, los buses eran tan viejos que se demoraban mucho, mucho, mucho. Y subían muy lento. A veces pasábamos a buscar a mi papá al trabajo, y luego íbamos a la librería que estaba en la galería Florida. Era un segundo piso, arriba del café Samoiedo, y lo recuerdo muy bien porque veías esos cafés y helados ricos. Subíamos por la escala mecánica desde donde se veía la librería. Era grande, con estantes no muy altos, pero largos. Recuerdo que veía los libros ordenados. Yo sabía que teníamos que ir a buscar el siguiente de la serie, porque los estábamos leyendo en orden, como corresponde".

Pone los ojos chinitos cuando se ríe. "De repente movían los Papeluchos de lugar, pero yo los identificaba por los colores de los lomos. Y sabía perfectamente cual seguía en la lista. Lo tomaba y lo miraba varias veces para confirmar que era el correcto. ¿Es este? Sí, es este". Felipe había descubierto que en las últimas páginas aparecía el listado de los títulos en orden de publicación.

A veces Felipe leía y caminaba de forma simultánea. Aún recuerda la sensación de "no poder soltarlo". Trataba de no tropezarse, su mamá lo llevaba de la mano hasta que se subían a la micro. Ahí, sin marearse, continuaba leyendo sin parar. El primer Papelucho que tuvo lo terminó de leer antes de bajarse de la micro. "Yo sabía que no había plata para más y que tenía que esperar hasta el próximo mes. Entonces los releía. A veces no alcanzaba la plata para comprarme un libro mensual. Debe haber sido harto gasto para mis papás".

Felipe con su osito Titotó, a los 8 años.

Felipe baja la mirada y recuerda que durante ese mismo período, a inicios de los 90, lo mandaban a comprar ¼ de litro de aceite o ¼ de kg de azúcar. O le hacían responder el teléfono o salir a la puerta, "porque los cobradores también llegaban a la puerta". Rememora esos días y se ríe al decir que en realidad su vida no ha cambiado tanto desde esa época. "Mi lectura siempre estuvo inspirada por la curiosidad, por querer saber, querer entender a otras personas. Creo que así era también la curiosidad de Papelucho. Y pensando ahora hacia

atrás, me parece que me vinculaba mucho con esas ganas de investigar, de saber más, como en *Papelucho Detective* o *Papelucho y el Marciano*. Creo que esta curiosidad es algo que me ha acompañado a través de los años. Muchas decisiones que he tomado en mi vida han estado inspiradas por ese gusto por saber".

Y si hay algo que Felipe añora mucho de ese tiempo es "tener libertad para leer. La vida adulta te quita eso, no tienes tiempo para leer y menos por gusto. Extraño sentir esa libertad de leer de cuando niño"

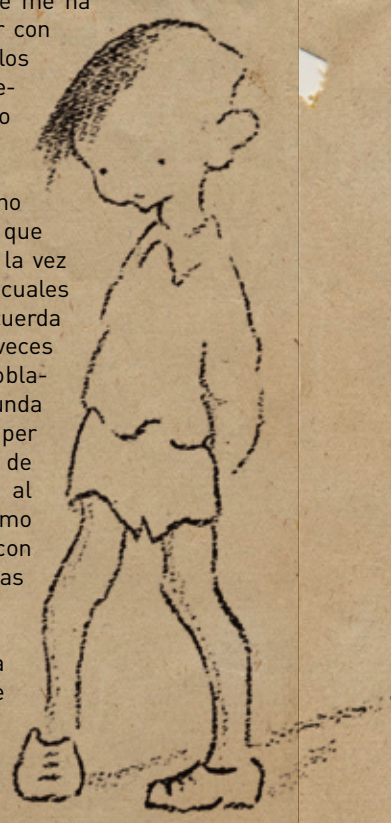
Alejandra a los 9 años.

Alejandra

Alejandra (28) descubrió a Papelucho por un regalo de navidad que le hizo su abuelita cuando estaba en quinto básico. "Me regalaron un Papelucho gordo que tenía tres títulos. Creo que eran *Papelucho*, *Papelucho Detective* y uno que se mudan. Lo que más me gustaba, además de ser tan divertido, era que hacía experimentos y tenía cosas de detective". Alejandra cuenta cuando Papelucho inventó un veneno de ratón que dejó en un pan que desaparece misteriosamente. Domitila, la empleada, le dice a Papelucho que ella se lo comió y Papelucho se angustia. Alejandra cambia la voz para hacer como si fuera la Domi, la hace con un tono agudo y nasal a la vez, dice que así se imaginaba siempre su voz. "La Domi lo mira de vuelta, así como '¿qué onda? ¿por qué me mirai así?' Y después hay una entrada que en la noche se le ocurre que la maldita Domi no se va a morir porque es terrible de mentirosa y lo más probable es que no se comió el sándwich". Alejandra se ríe fuerte y cuenta que ella también tenía una repisa con cosas para hacer experimentos. Como cáscaras, fósforos, botellitas con líquidos, ese tipo de cosas. Guarda la imagen de estar leyendo en su cama y observar la repisa donde ponía sus experimentos.

Un tiempo después, la familia de Alejandra se mudó a vivir a Dinamarca y ella empezó a leer volúmenes heredados de su hermana mayor. Recuerda cómo era leer a Papelucho estando en el extranjero, lejos de Chile. "Hay una imagen de la descripción de una panadería, en *Papelucho perdido* creo, que la describe demasiado bien. Las típicas panaderías viejas de Santiago centro, con la cortina y moscas, en las que entrabas y se te quitaba el hambre. Esa imagen se me quedó muy grabada porque conocía esas panaderías del centro. Cuando leí eso sabía exactamente cuáles eran, y pensé para mis adentros: SÍ, ASÍ SE VEN". Y aunque la descripción de la panadería le quitaba el apetito, como estaba lejos de amigos y familiares, pensar en esas panaderías le hacía sentirse bien. Alejandra descubrió que saber exactamente a qué se refería Papelucho en esas descripciones, le daba una sensación de certeza muy profunda.

"Es difícil explicar por qué la imagen específica de las panaderías se me quedó grabada como una bala en la frente; simplemente esa imagen era invocada de manera muy precisa. Creo que no había muchas cosas que logré retener de Chile, técnicamente mi país. Siempre me ha sido difícil coincidir y conectar con cosas y experiencias que para los chilenos son parte de haber crecido en Chile, entonces hay poco con lo que me identifico".



Alejandra plantea que Papelucho tenía experiencias de niño que ella también había tenido, y a la vez le mostraba otras con las cuales no estaba familiarizada. Recuerda con lujo de detalle cuántas veces Papelucho está solo, recorre poblaciones y conoce una profunda pobreza. "Siento que era súper fuerte conocer experiencias de la pobreza o abandono, pero al final era una aventura más, como cuando mancha el pantalón con aceite o quiere amaestrar pulgas y se le escapan y le pican".

Alejandra se pone pensativa cuando recuerda el tiempo de esas lecturas, fija la mirada y dice que "a veces se siente bien mirar atrás. Algunas veces se siente mejor que otras, dependiendo de cuán mal uno se sienta en el presente".

Raquel con su padre y hermana, a los 5 años.

Raquel

A los seis años, Raquel (hoy 63) se enfermó. Nunca supo de qué, pero era grave. Por tres años dejó de ir a la escuela y todas las semanas iba al hospital para hacerse exámenes o transfusiones de sangre. Durante este período conoció a Papelucho. "Yo Raquel chica, lo leía y me gustaba leerlo. Era un niño que podía hacer un montón de cosas que yo en ese momento no hacía porque estaba enferma. Todo eso me generaba alegría".

Para Raquel, Papelucho era entretenido y cercano, tenía experiencias como las de un niño común y corriente: "Me acuerdo de que una vez se llevaron el perro de Papelucho a la perrera. Y en esa época pasaba un camión que era de la perrera. Entonces era algo que le pasaba a un niño, y que podía ser cualquiera de nosotros".

Raquel, acompañada de su papá, pasaba mañanas enteras en el hospital. A veces llevaba su libro y leía, otras veces no tenía fuerza, y dormía. Cuenta que la mayoría de las personas la miraba con pena. "En ese tiempo deben haber pensado que te morías igual. 'Ay, la flaquita', decían y yo pensaba para mí, pero sí estoy aquí... Y no me voy a morir. Lo pensaba, porque me convenció mi papá. ¡Él me metió esa idea en la cabeza!". Cuando terminaban, tenían que ir al mercado o a una carnicería en el puerto a comprar carne de equino. "Odiaba ese lugar. Sabía que si llegábamos hasta allá era para comprar esas cosas que no me gustaban. No es un lindo recuerdo".

En las tardes en casa, miraba por la ventana o leía. "Con la lectura tenía experiencias que no podía salir a tener yo misma. El diario de vida de Papelucho me parecía interesante. Me gustaba escribir lo que me pasaba. Y me gustaba que un niño lo pudiera hacer, era como yo". Así fue como Raquel comenzó a escribir su propio diario, práctica que mantuvo hasta que salió del colegio. "Todos los días escribía, era lo único que podía hacer. Entonces escribía como me sentía, lo que me pasaba. Porque pasé un periodo en el que estaba enojada con la vida, con todo. Y también debo haber escrito cosas lindas, también me sentí regaloneada, acogida".

Raquel no sabe si hoy querría volver a leer el diario de su época de Papelucho, dice que ella es "de guardar nada. Creo que en algún momento debo haberme sentido mejor y debo haberme dicho: 'Esto se superó y se acabó.' No guardo muchos buenos recuerdos de esa época, aunque atesoro el apoyo y amor incansable de mis padres".

Pienso en las nostalgias de Felipe, Alejandra y Raquel, en cómo Papelucho las conecta, y vuelvo a la mía propia, a mi repisa donde una vez más reviso los libros que me regaló mi familia en mi noveno cumpleaños. Cada tomo tiene una dedicatoria de alguna tía o grupo familiar. Hay un mensaje muy tierno en *Papelucho Historiador*. Con letra ordenada, fina y pequeña, mi abuelita escribe: "Doy gracias a Dios por mi nietecita Chiqui que ya tiene 9 añitos y que se los hemos podido celebrar con nosotros". A pocos adultos les entendía la letra, pero la de mi abuelita era clarita, podía reconocerla en cualquier lado. La veo sonriendo en el patio de su casa. Está sentada en una silla de mimbre, entre los damascos, ciruelos y bugambilias. Aún siento su olor de colonia inglesa y crema de lechuga entre las hojas café de este libro. Sé que Papelucho nunca olió a ella. Pero gracias a él, cada vez que abro la tapa de ese libro, ella vuelve a estar conmigo.

Ximena Galdames es educadora de párvulos, docente de la Universidad Diego Portales y PhD en Estudios de Primera Infancia.

ANÁLISIS DE ANNE HANSEN*

LA NOSTALGIA

como freno del tiempo

Sabes silbar, Johanna trata de dos niños, Benja y Ulf. Son amigos y Ulf tiene un abuelo que le invita a tomar once y le regala monedas. Uno así quisiera tener Benja, y Ulf sabe cómo conseguirlo: en el hogar de ancianos hay muchos. Instruido por Ulf y muy motivado, Benja hace amistad con el abuelo de sus sueños. El abuelo encontrado se llama Nils y le invita a tomar once, le hace un volantín precioso con la tela de un pañuelo de seda que en tiempos pasados había regalado a su mujer. Y le silba *Sabes silbar, Johanna*, una canción popular de su juventud: "Mi mujer se llamaba Johanna", le cuenta el abuelo a Benja.

Un día Benja quiere saber qué era lo que más le divertía al abuelo Nils cuando chico: "Robar cerezas", responde el viejo. Y a partir de ese momento se desarrolla una amistad en la que los recuerdos del anciano y los deseos del niño se nutren y se realizan. Los dos vencen desafíos que creían imposibles. El viejo Nils trepa al cerezo de su infancia y Benja se embarca en la tarea más dura de su vida: aprender a silbar. Durante semanas practica y practica. Sin embargo, el tiempo de Benja es más largo que el del abuelo, y cuando vuelve entusiasmado al hogar para mostrarle que ha aprendido a silbar, el anciano ya no está. Pero Benja asiste a su funeral y le silba su canción favorita.

Sabes Silbar, Johanna es un cuento de añoranza, soledad, amor y muerte, en el que texto e ilustración se unen en una armonía poco común. Ulf es el narrador y el Vigotsky de su amigo Benja. Ulf le apoya y estimula vigostkianamente para que realice su proyecto, le abre camino, le empuja para que avance más y le acompaña en todo el proceso. Además, hace reflexiones y mantiene el hilo temporal del cuento.

El hilo poético es la música, tanto de la naturaleza -los sonidos del bosque, el canto de los pájaros- como, y sobre todo, el silbido, el acto de silbar del abuelo y el gran trabajo que le cuesta al niño aprender a hacerlo. Pero finalmente lo logra y se puede comunicar, aunque sea post mortem. El lirismo musical que penetra los diálogos, teñidos también a veces de un humor sutil, más la discreta presencia de la muerte, embargan al lector en una sinfonía casi mística. He aquí dos ejemplos:

Tora, otra anciana que vive en el hogar, le dice a Nils:
- Ay, cómo se parece tu nieto a ti.
- Sí, los dos tenemos parche curita en la pera, dice Benja.

Y el más precioso, en la víspera de celebración del cumpleaños del abuelo Nils:
- Y cuiden de su corazón, chiquillos, no anda muy bien, dice la enfermera en la puerta de salida del hogar de ancianos.
- Es el mejor corazón que existe, contesta Benja.

El encuentro de los personajes (Benja, Ulf y Nils) de este cuento es intemporal y produce una cascada de efusiones humanas digna de un análisis literario. La transmisión de la vitalidad de antaño del anciano al niño es como si el goce y la chispa de una vida acabada, en estado de hibernación, pasara a la de un joven con la vida por delante. Este proceso de alivio se llama catarsis, la liberación o eliminación de los recuerdos que alteran la mente. Se nos distancia el miedo a la muerte.

Para tener recuerdos hay que haber vivido, y el abuelo del cuento tiene muchos recuerdos nostálgicos. Los niños no tienen largos recuerdos, por eso es dudoso que tengan nostalgia. Pero los niños tienen una capacidad única de identificarse (meterse bajo la piel de otro ser) con los sentimientos de los que les rodean.

Este es un aspecto cabal de la relación entre abuelo Nils y nieto Benja. Se intuyen mutuamente, Nils porque fue niño, Benja porque lo es. Nils va camino a la muerte y la nostalgia (el robo de cerezas, el volantín fabricado con el pañuelo de seda de su mujer muerta, el silbido de *Sabes silbar, Johanna*) le entrega pequeños momentos de detención del tiempo. Benja está iniciando su vida, quiere ser querido, quiere querer y quiere mostrar afecto. La relación con el abuelo Nils le hace tener muchas ocurrencias. Durante una semana entera prepara el cumpleaños del abuelo. Ensaya y ensaya y logra

aprender a silbar. Ha vencido. Silba para Nils en el funeral. Lo hace bien y está contento con su logro.

El cuento termina cuando, tras el funeral del abuelo Nils, Benja sale a encumbrar el volantín del pañuelo de seda con su amigo Ulf, el volantín de seda con memoria. La vida es eterna. Los recuerdos de Nils, que en el lector adulto pueden haber producido nostalgia, dan a los niños un empujón de ganas de "vivirlos". Todos quisiéramos vivir nuestros últimos días así. Los niños, sin recuerdos, sin saber de nostalgia y con su entusiasmo infantil, logran eternizar lo mejor de la vida humana.

** Anne Hansen, profesora y licenciada en Literatura por la Universidad de Copenhague y fundadora del Centro Chileno Nórdico de Literatura Infantil.*

Sabes silbar, Johanna.
Texto: Ulf Stark/ Ilustración: Anna Höglund.
Título original: Kan du vissla Johanna. Bonnier Carlsen, Estocolmo 1992.
Considerado un clásico moderno, está traducido al español, al inglés y a los idiomas escandinavos.

María Eugenia Guerra:

"Con la nostalgia atraemos, de forma romántica, lo que se fue"

María Eugenia nació hace 64 años en Santiago y desde hace 44 vive en Quilpué, donde cuida sus muchas plantas y gallinas.

¿De qué crees que trata el libro?

De las necesidades afectivas.

¿Tuviste recuerdos al leer la historia?

Sí, yo no tuve abuelos. De niña quería un abuelo que me entregara. Los niños, cuando son pequeños, tienen necesidad de que les entreguen, no de dar.

¿Sientes que la historia es más triste que feliz o viceversa?

Ni triste ni feliz, una historia no más. El niño no tuvo momentos de tristeza, no hay emociones de por medio, hay necesidades. El abuelo muere, pero el niño ya tenía todo lo que necesitaba. Lo único que le faltó fue mostrar al abuelo que había aprendido a silbar. Quedaron cosas inconclusas.

¿Es realista la vida en el asilo del cuento?

Sí. El abuelo tenía alzheimer, no se acordaba. Y la abuela que aparece (Tora) está carente de afecto, por eso se acerca a tocar al niño. No hay roce humano, cada uno vive su propia tristeza y soledad.

¿Crees que es diferente ser viejo en un país que en otro?

Los países desarrollados tienen los medios económicos para que los pacientes estén limpios, bien comidos y en lugares espaciosos. Acá, en los países subdesarrollados no pasa eso, a menos que tengas mucho dinero para pagarlo.

¿Cómo son tus recuerdos del pasado?

Hay nostalgia de la niñez, cuando eres hija; nostalgia del colegio, cuando corrías y saltabas; de las relaciones humanas que hay en ese tiempo, más simples que cuando eres más viejo.

¿Cambian los pensamientos cuando uno envejece?

Sí, no sólo envejece tu cuerpo que tienen otro ritmo, otras necesidades, sino que además uno ya ha vivido y tiene la capacidad de mirar hacia atrás y ver que se equivocó. Lo que querías a las 20 ya no lo quieres a los 30, y a los 40, menos. La madurez que uno va adquiriendo con los años es la que te hace cambiar los pensamientos, las emociones, los deseos.

¿Qué es lo que más te conmueve del cuento?

El viejito. Primero porque se olvidó de todo su pasado, no tiene pasado, ni futuro ni presente. Segundo, porque fue vilmente engañado por un niño. Se murió y no se dio cuenta.

¿Pero dirías que vivió feliz con eso en sus últimos momentos?

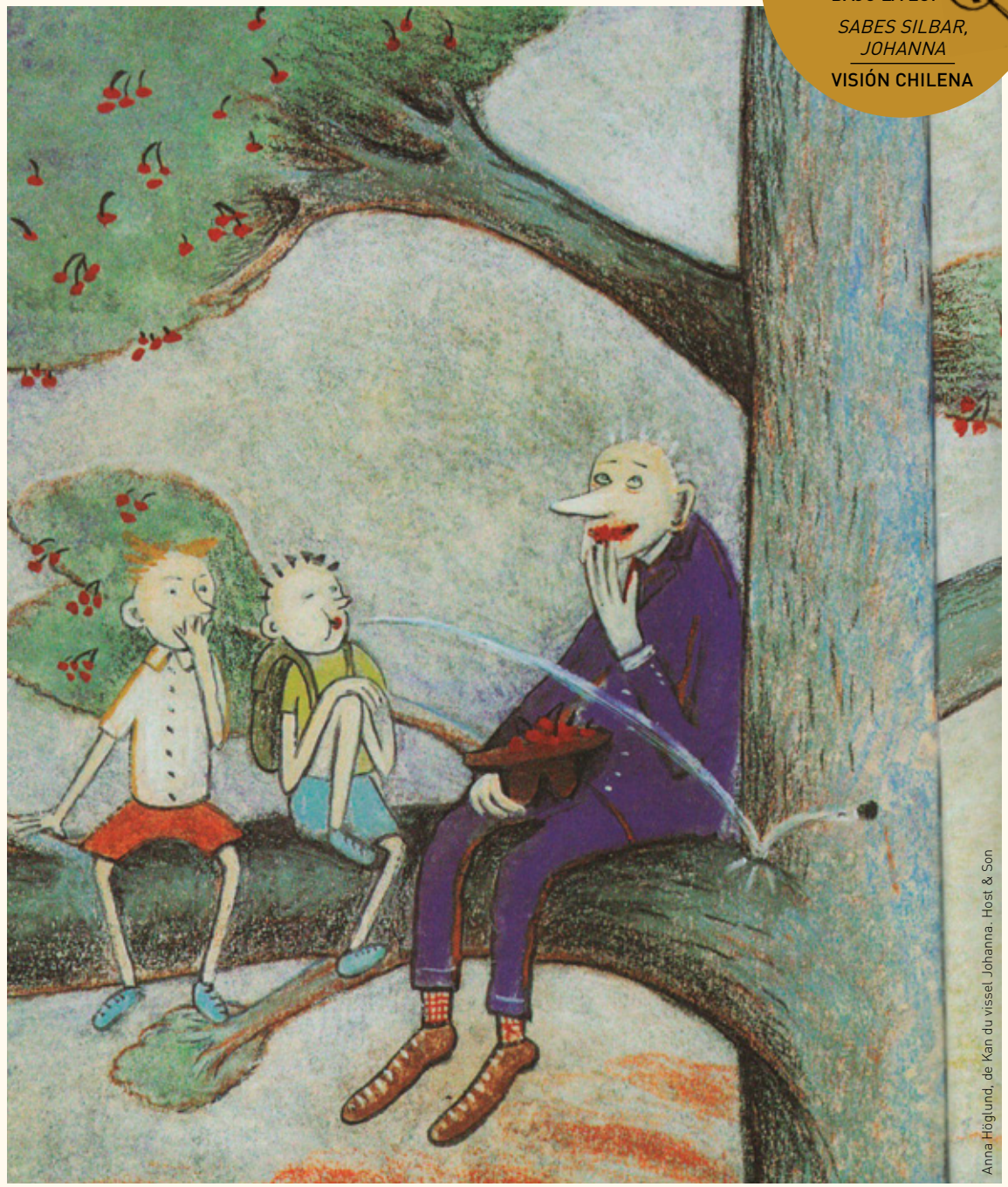
Una persona con alzheimer no tiene sentimientos, no tiene emociones, el alzheimer te lo borra todo.

Quizás no tenía alzheimer

Se había olvidado de que no tenía hijos, que era una persona sola. No tuvo hijos, por tanto, menos podía tener nietos

¿Para qué crees que sirve la nostalgia?

La nostalgia es parte del romanticismo, nos sirve para amenizar un poco la vida del día de hoy. Es pensar en lo que se fue, lo que ya no existe, y con ese sentimiento de nostalgia lo atraes de forma romántica.



Anna Höglund, de Kan du vissel Johanna. Host & Son

¿Es la vejez un sinónimo de soledad?

Sí, las personas viejas se ponen mañosas. Los viejos no entendemos lo que está pasando por la mente de un bisnieto o un tataranieto, que es rebelde, que es insolente, que no cuadra con nuestra estructura de educación. Y ese anciano ya no es querido por el bisnieto. La gente se va quedando sola, con sus recuerdos y sus nostalgias.

¿A quién leerías este libro?

Quizás a mi nieta Sofía, es lo suficientemente romántica como para ver la nostalgia. Ella tampoco tiene abuelo, sólo abuelas, se muere de ganas de tener un abuelo. Ella podría ser como el niño de la historia.

Jens Rask:

"La nostalgia nos hace pensar que era mejor antes"

Jens nació en la península danesa de Jutlandia hace 72 años. Desde hace 24 tiene una taberna y un local de apuestas de carreras de caballos en Østerbro, un barrio de clase media de Copenhague, la capital de Dinamarca.

¿De qué te parece que trata Sabes silbar Johanna?

De cuán amorosos pueden ser los niños y los abuelos, de la relación de los niños con personas de la tercera edad. Los viejos se ponen cluecos cuando llegan los nietos. Un amigo mío dejó de apostar después de tener nietos.

¿Sientes que el libro es más triste que feliz o viceversa?

Más feliz. Los niños y el viejo lo pasan muy bien. Y bueno, se sabe que la muerte nos espera a todos ¿no?

¿Es la vida en un asilo como muestra el libro?

No sé nada de asilos, nada. Mi madre murió en un asilo. Estuvo años. Demente. No me reconocía. Una vez mi hermana mayor la llevó a casa para la Navidad y cuando vio todos los adornos navideños, exclamó: "Se nota que mi hija está de cumpleaños". Estaba totalmente perdida.

¿Es diferente ser viejo en un país que en otro?

Claro. Aquí tenemos de todo, una red de seguridad social y buenos hospitales. En otros países tienen muchos hijos y los lazos familiares son más fuertes. Y no se sienten tan solos, creo.

Cuándo piensas en el pasado, ¿qué recuerdas?

No sé. No tengo recuerdos... Papá tenía un taxi y mamá estaba en casa, contestando el teléfono para el taxi. Mis tres hermanos eran mayores. Yo nací 14 años después que la mayor, fui el concho. Nunca fui ni a sala cuna ni a jardín infantil, nada de esas cosas. A los 11 empecé a repartir leche, así me ganaba mi plata, 25 coronas por semana (3000 pesos chilenos en los años 60). Trabajé en eso durante tres años, seis días a la semana. Empezaba a las 5:30, y después iba a la escuela. Subía las botellas de leche hasta el 4° piso, y a veces pan también, y bajaba las botellas vacías. Harto trabajo. Iba rápido. A veces quebraba algunas botellas. No me retaban, el lechero era buen hombre. Ahora no podría hacerlo, con esta guata...

Los recuerdos, ¿son más importantes en una edad que en otra?

Cuando joven uno no tiene recuerdos, todo va hacia delante.

¿Cambian los pensamientos cuando se envejece?

Sí, uno mira a las mujeres a la distancia. El matrimonio se convierte en amistad.

Uno busca compañía en las tabernas. Aquí, en mi taberna, por ejemplo, ahora solo hay 70 parroquianos. Antes éramos 250. Muchos se han muerto. Los jóvenes no vienen.

¿Para qué crees que sirve la nostalgia?

Para pensar que era mejor antes. Tengo esta taberna desde hace 24 años. Todo está viejo, feo, después limpiarán todo y llegarán otros que harán otra cosa.

¿Es la vejez un sinónimo de soledad?

Sí, cada vez hay menos amigos. Hay que tirar de uno mismo y obligarse a salir, juntarse con otros, pasarlo bien, contar chistes y mentiras. Y tomar.

¿A quién leerías este libro?

A todos los que tienen nietos. Es tierno.

Gunnar Schmidt:

"La nostalgia nos sirve para crear un ambiente, ponernos a tono"

Gunnar nació hace 72 años en un pequeño pueblo de Jutlandia. Es agricultor y herrero, y un tiempo trabajó como ayudante nocturno en un hogar de ancianos. Actualmente vive en un pueblito de Selandia, la isla más grande de Dinamarca.

¿Te trajo recuerdos leer Sabes silbar Johanna?

Sí, de cuando trepaba árboles y encumbraba volantines. Y de la abuela que nos contaba cuentos de cómo era la vida en tiempos pasados.

¿La historia te parece feliz o triste?

Melancólica... Sabemos que hay que morir.

Anna Höglund, de Kan du vissel Johanna. Host & Son

¿Crees que es diferente ser viejo en un país que en otro? ¿Por qué?

Hay diferencias gigantescas. En los países occidentales, el Estado se encarga. Si pagamos impuestos, no nos sentimos obligados a cuidar de los viejos. En el resto del mundo la familia se encarga del cuidado de la gente mayor.

¿De qué tipo son tus recuerdos del pasado?

Estoy escribiendo mis memorias. Somos 7 hermanos, yo el de en medio. De niño me encantaba la naturaleza, construir casitas en los árboles, y ayudar en el campo. Mi papá siempre apreciaba nuestra ayuda y nos enseñaba a manejar las herramientas. Así le tomé gusto al trabajo en el campo. Todos mis hermanos se fueron a la ciudad a estudiar.

¿Son más importantes los recuerdos en una edad que en otra?

Con los años, toman más espacio. Uno debiera haber pensado y aprendido más de ellos en la juventud. Los recuerdos son parientes de las experiencias. Y las generaciones jóvenes no quieren escuchar a uno. Mis hijos ya tienen 40 años, y me dicen: "Ya, ya", si hablo mucho.

¿Cambian los pensamientos cuando uno envejece?

Sí, claro que sí. Uno piensa sobre lo que es ser un ser humano, los hijos de uno, las generaciones anteriores. Mi tatarabuelo fue soldado en la guerra contra Alemania en 1864. Uniforme, escopeta y cantimplora. Imagínate que mi hijo hubiese ido a la guerra en Afganistán. ¿Con qué material bélico? Un desarrollo exponencial cada día más rápido. Pronto una máquina va a poder inventar nuestros pensamientos.

¿Para qué crees que sirve la nostalgia?

La usamos para ponernos en estado de ánimo, para crear un ambiente, ponernos a tono.

¿Es la vejez un sinónimo de soledad?

No, no. Hay muchos jóvenes que se sienten muy solos también. Se sienten solos hasta con la pareja.

¿A quién leerías este libro?

A la hija de mi polola. Es un libro para niños de 5-6 años que aún o no sepan leer. El inicio es aburrido para un niño que ya lee. Ellos leen otras cosas.

MEXIQUE, EL NOMBRE DEL BARCO

En 1937, un grupo de 456 niños españoles se refugiaron en México huyendo de la guerra civil. La estadía iba a ser por cuatro meses, "unas vacaciones un poco largas", se decían padres, madres e hijos. El exilio duró 10 años, muchos de los refugiados nunca volvieron a España, y los que lograron hacerlo no reconocieron el país de su nostalgia. Un libro que nos hace recordar a todos los niños del mundo que huyen y están huyendo. Las ilustraciones de Ana Penyas reflejan con claridad detalles conmovedores de la separación entre niños y padres, la añoranza de todos y los vagos intentos de los niños de no sucumbir a la desesperación total.

Texto: María José Ferrada
Ilustración: Ana Penyas
Libros del Zorro Rojo. Barcelona, Buenos Aires, Ciudad de México, 2017.

EL HOMBRE MANDÍBULA DE FIERRO

Una historia pequeña, de pocas palabras, que nos transporta al nostálgico mundo del circo y de la vida seminómada. Y a la relación entre un hombre con una mandíbula increíblemente fuerte y su pequeño hijo al que le encantan los libros, quizás porque él mismo tiene una vida de libro. Destacan las ilustraciones de la chilena Sol Undurraga, su colorido y composición, y su forma de presentar situaciones extraordinarias como si fueran cotidianas.

Texto: Gilles Colleu
Ilustración: Sol Undurraga
LOM. Santiago, 2019.

HAY CLASES SOCIALES

¿Las hay? Parece que sí, aunque muchos se empeñen en lo contrario. Este libro forma parte de una serie ideada para lectores pequeños y que fue publicada entre 1977 y 1978 por la editorial barcelonesa La Gaya Ciencia. Han pasado más de cuarenta años, pero su contenido sigue totalmente vigente. Esta nueva edición es de 2015, con los textos originales y con ilustraciones nuevas, pero como de antes.

Idea y texto: Equipo Plantel
Ilustración: Joan Negrescolor
Media Vaca. Valencia, 2015.

EL EDIFICIO

Los cambios en un edificio en cuya parte baja hay, además, una relojería, pueden mostrar de manera muy visual el paso del tiempo y provocar una suerte de nostalgia en quien los mira. Así es en este relato gráfico, delicada y minuciosamente ilustrado, que transcurre entre los años 30 y 80 en una misma calle de un barrio de Bogotá. Allí viven el relojero Levin, la señora Blanca y el pequeño Iván, allí las vidas pasan y, a la vez, permanecen.

Texto: Jairo Buitrago
Ilustración: Daniel Rabanal
Babel. Bogotá, 2014.

VACACIONES

En este libro sin palabras, el excepcional Blexbolex, trata de forma ingeniosa y sutil el tema de los celos y la rivalidad entre hermanos o amigos. Atraen mucho sus ilustraciones de grano grueso y ennegrecido que recuerdan a las impresiones antiguas. Además, el uso audaz del color, que mezcla tonos neutros con otros muy vivos, despierta en el lector una mezcla de sorpresa y nostalgia. Un libro para niños y grandes que dan ganas de "leer" una y otra vez.

Texto e ilustración: Blexbolex
Libros del Zorro rojo. Barcelona, Buenos Aires, Ciudad de México, 2017

MI VIDA FELIZ

Dani, la protagonista de este relato, tiene 7 años y dos ausencias en su vida que le provocan melancolía y añoranza. Su madre se fue "al más allá" cuando Dani era más pequeña aún y Frida, su amiga del alma, se va a vivir a una ciudad que está a miles de calles y de carreteras de su casa. "La mejor amiga de Dani ahora vivía a miles de bosques, campos y praderas y lagos de distancia". ¿Qué hacer con la nostalgia?

Texto: Rose Lagercrantz
Ilustración: Eva Eriksson
Santillana. Santiago, 2015.

UN DÍA MÁS CONTIGO

Una niña recorre sola el camino desde su casa hasta la de su amiga que murió. Y ese recorrido es externo e interno a la vez. En el libro, ilustrado con la delicadeza poètica que caracteriza a Jimmy Liao, se sienten la soledad y la tristeza. Y se vislumbra la nostalgia, ese sentimiento que pareciera marcar el tránsito de la infancia a la vida adulta: "Me asusta pensar que, cuando sea mayor, ya no podré volver nunca más", piensa la niña mientras atraviesa el bosque.

Texto e ilustración: Jimmy Liao
Barbara Fiore Editora. Granada, 2015.

NUNCA CONTENTOS

"El elefante está cansado de ser un animal grande y pesado y sueña. ¿Qué sueña? Sueña ser un pajarito para poder volar y cantar". Este precioso libro de solapas forma parte de una serie de libros para niños creada por Bruno Munari en 1945.

En un ejercicio simple y circular, lleno de preguntas que se espejan y encadenan, varios animales elucubran sobre lo que son y lo que desearían ser. Sueños existenciales que los niños entenderàn a la perfecciòn. También los adultos.

Texto e ilustración: Bruno Munari
Niño Editor. Chile, España, Argentina, 2016.

Los pájaros vuelan con alas de nostalgia

Por Morten Dürr

Es 2014. No puedo seguir. El trabajo con mi nuevo libro se ha detenido. He escrito muchos libros antes. Pero esta vez es difícil. Mi mujer murió después de una enfermedad de cáncer el año pasado. Me puse una meta. Quería escribir sobre la pena y la enfermedad en la familia. Iba a ser un libro que podría ayudar a niños a los que la enfermedad les hubiera quitado a su padre o a su madre. Iba a ser un libro corto. Debería haber sido fácil de escribir. Acababa de vivir la enfermedad y la muerte muy de cerca. ¿Por qué entonces estaba atascado?

La razón era simple. Mis pensamientos revoloteaban aún alrededor de la rabia, la pena y el miedo que habían tocado a nuestra familia mientras mi mujer estaba enferma. No era este tipo de sentimientos el que debía predominar en el libro. Deseaba hacer un libro que sirviera de consuelo. Tendría que sacudirme la rabia y hacer entrar un sentimiento más complejo. La nostalgia. La pena por lo perdido.

Tendría que sacudirme la rabia y hacer entrar un sentimiento más complejo: La nostalgia.

Estaba buscando un motivo. Un cuento. No lo encontré hasta que se me ocurrió pensar en las urracas. Los pájaros siempre me han importado. Crecí en el campo. En la primavera las alondras cantaban cuando iba camino a la escuela. Están ahí arriba, colgadas, y gorjean. Siguen y siguen. Cantan 30 notas por segundo. En el invierno, un par de búhos se mudaron a nuestro granero. Las alondras construyeron sus nidos debajo del tejado. En una noche cualquiera de verano podía escuchar al ruiseñor con tan solo dar un paso afuera de la puerta principal. Cuando escucho el canto de los pájaros me invade una añoranza nostálgica de los días de primavera de mi infancia. Este recuerdo lo compartía con mi mujer. Ella me contaba que de niña, todas las primaveras le mandaban subir al árbol más alto del jardín a sacar el nido de las urracas. A su padre no le gustaban las urracas. Solo en el caso de que ya hubieran puesto huevos, dejaban que los nidos se quedaran. La urraca es de la familia de los cuervos. Su canto no es bonito, pero , por otro lado, son pájaros inteligentes. Las urracas roban cosas que brillan. De repente supe cómo iba a ser el cuento de mi libro. Quería utilizar nuestros recuerdos comunes de pájaros de infancia en un cuento.

Mi libro Las urracas trata del niño Óscar, cuya madre está enferma. El libro retrata un periodo largo de la vida de la familia en el que la madre entra y sale del hospital. Ni siquiera puede estar en casa en la Nochebuena. Óscar siente que su madre está cada vez más enferma. La muerte se acerca. Un día mamá ya no vuelve más y Óscar está solo con su pena. Papá no es ninguna ayuda. Está enojado. Hasta está enojado con las urracas que han construido un nido muy alto en un árbol del jardín. Manda a Óscar a subir al árbol para que el niño destruya el nido. Pero las urracas esconden una sorpresa. Óscar encuentra en el nido pequeñas tiras de papel con letras, palabras y frases. Óscar une las tiras de papel hasta que cobran sentido. Se imagina que es una carta de su mamá. Como lectores sabemos muy bien que las urracas no pueden ser emisarias de la madre desde el más allá. Pero la idea de la existencia de una vida después de la muerte pertenece a los que se quedan. Óscar encuentra consuelo en el pensamiento de que los pájaros del árbol tienen contacto, en una forma u otra, con su madre muerta. Cuando Óscar y su padre leen juntos la carta, sienten un instante de nostalgia y la rabia se apacigua.

A través de la literatura tenemos la posibilidad de mostrar a los niños que debemos aprender a reconocer los sentimientos, que eso es algo vital. Hasta los sentimientos más simples como la alegría, el miedo, la pena y el enojo nos pueden confundir y hacernos sentir extraños. Cuando eso pasa, nos comportamos artificialmente y no siempre nuestros más cercanos pueden reconocernos. Así como cuando el papá de Óscar está enojado, cuando en realidad es dolor lo que siente. Pero, en ese momento, él se convierte en un extraño para su hijo. Solo cuando nosotros como seres humanos aprendamos a reconocer los sentimientos simples, podremos expresar en palabras sentimientos más complejos. Amor y envidia. Nostalgia y esperanza. La literatura puede ayudarnos en esto. Y los pájaros también.

Morten Dürr es un escritor danés premiado por los Ministerios de Cultura y Educación de Dinamarca por su cómic Zenobia (libro que habla de la guerra en Siria y del drama de los refugiados), y por el conjunto de su obra.

Peter Bay Alexandersen, de Skaderne. Plot.

Libros infantiles, entre la nostalgia y el cambio

Por Tove Krebs Lange

A veces, tanto niños como adultos, tenemos necesidad de escaparnos del día a día cotidiano y desaparecer en un libro o en una película. ¿Recuerdas esa sensación, cuando eras niño, de que un libro podía abrir una puerta a otro mundo? A lo mejor estabas en el regazo de tu abuela mientras ella te leía, o en clase mientras un profesor leía en voz alta para todo tu curso. Cuando cierras los ojos puedes ver las ilustraciones del libro con tu mirada interna, sea que fuera *La Sirenita*, de Andersen, o *Pippi Calzaslargas*, de Astrid Lindgren.

Es esta sensación de momentos de sosiego en nuestra propia infancia la que nos gustaría compartir con las nuevas generaciones. Por eso, a menudo buscamos los mismos libros que amábamos cuando niños cuando tenemos que leer en voz alta ahora como adultos. Es fácil elegir lo que uno ya conoce para leerle a sus alumnos, niños o nietos. Los libros infantiles juegan un papel fundamental como punto de partida para vivir juntos momentos de sosiego, y los niños sienten de manera muy clara si el adulto ama el cuento que está leyendo. Por eso, a menudo el niño disfruta lo mismos libros que le gustan al adulto.

La lectura compartida es importante para el aprendizaje de la lengua y la socialización, y las ilustraciones de los libros infantiles son, a menudo, el primer encuentro del niño con una expresión estética. A través de los libros, el niño también se familiariza con una cultura común. Y al escuchar antiguos cuentos de hadas, adquiere un conocimiento colectivo: que hay sueños que duran cien años, como el de la bella durmiente, o que Pippi es la niña más fuerte del mundo. Se enteran de que Noé tenía un arca, recuerdan que Alicia en el país de las maravillas se cayó en la madriguera de un conejo y que Pablo está solo en el mundo o que Perico trepa por Chile. Es decir, desarrollan marcos de referencia comunes que les pueden servir en la vida.

Por eso es bueno leer y conocer a los clásicos infantiles con los que han gozado diferentes generaciones. Fueron escritos en un tiempo en el que se consideraba que el trabajo del escritor era tomar a su cuidado a los lectores y hacer visible la moral y los buenos valores a través de los cuentos. Este punto de vista de lo que deben hacer los libros infantiles, es todavía compartido hoy en día por mucha gente.

"Hay tensión entre la nostalgia y el deseo de sosiego que da la tradición, y el presente infantil de un mundo caótico y de cambios rápidos"

Los niños son nuevos lectores y tienen que ejercitarse en comprender la estructura de los cuentos en los libros ilustrados. Y también desarrollar confianza en la base que constituye un cuento, el relato fundamental de los libros, por ejemplo a través de las sagas. La clásica historia que es a menudo emocionante que cumple las expectativas tradicionales que tenemos respecto a la literatura infantil: el libro se dirige solo a los niños. El protagonista es un niño que se bosqueja como un buen ejemplo con el cual el lector se puede identificar. La construcción de la historia es simple, se sabe quiénes son los malos y quiénes son los buenos. El idioma es fácil de entender, la temática está al nivel del niño y el libro termina bien.

Tove Krebs Lange, de Flyt så,den sutsko! Host & Son

La literatura infantil está en tensión entre la nostalgia y el deseo de sosiego que entrega la tradición por un lado, y el presente infantil de un mundo caótico de cambios rápidos, por el otro.

LA NUEVA LITERATURA INFANTIL

Muy pocos de nosotros sabemos algo de la literatura para niños que se ha escrito en los tiempos después que crecimos de nuestra propia literatura infantil, y antes de que tuviéramos que empezar a leer a la nueva generación. Nos cuesta orientarnos y no sabemos qué será lo que caracteriza a los nuevos libros, ni en cuanto a temas ni en cuanto a lenguaje. Por eso elegimos a menudo los mismos libros que leímos de chicos y en muchas ocasiones será una muy buena elección. Pero quizás debiéramos detenernos a reflexionar cómo sería si nosotros, como adultos, solo pudiéramos leer literatura que fue escrita hace más de 30 años.

La vida infantil actual es muy diferente a la que vivimos los que ahora tenemos 25, 55 u 85 años, y por eso los relatos de lo que significa ser niño también tienen que serlo. Hoy en día es más común la literatura que está escrita en la lengua que el lector habla en la calle, la literatura que cuenta cuentos que reflejan la vida cotidiana del niño.

John Tenniel, de Alicia en el país de las maravillas

El rol educativo y moralizante de antaño es menos obvio, o totalmente inexistente en los nuevos libros. Incluso los niños más pequeños tienen a menudo un gran conocimiento de la vida y son capaces de comprender historias complejas con protagonistas que no están idealizados, que son gente de carne y hueso.

Hoy también tenemos una mayor comprensión de lo que se puede decir a los niños. En los nuevos libros infantiles se tocan temas que antes eran tabú como, por ejemplo, el divorcio, la violencia y la muerte. Y los libros están escritos a menudo con mayor variedad verbal y con una estructura narrativa más experimental que las de antaño.

También se desafía al lector a través de la ilustración. La estética está influenciada por el arte moderno, las perspectivas se disuelven y se trabaja con collage y fragmentos. Las ilustraciones de los clásicos son a menudo naturalistas y siguen el texto al pie de la letra. Pero hoy se experimenta con ilustraciones que cuentan otro cuento que el texto.

El relato mismo, su trama, está en tensión entre el texto y la ilustración, cosa que la mayoría de los niños entiende sin problema.

Tenemos una tendencia de ver a los niños como un grupo homogéneo de lectores -*"a los niños les encantan los libros sobre animales"* o *"los niños quieren cuentos que terminen bien"*-. Pero el gusto literario de los niños es tan variado como el de los adultos. Por eso nuestro trabajo más importante es darles acceso a la mayor variedad de literatura posible y dejarles a ellos elegir el libro que más les atraiga, sea el más moderno y novedoso o el más viejo y nostálgico.

Tove Krebs Lange, es una ilustradora y autora danesa de libros infantiles. Tove es la creadora del personaje Fidus el lector y de las ilustraciones de Señor Quiltro, de la colección chilena Libros Palote para lectores principiantes de Editorial Recrea.

Foto: Sisse K. Ibsen

Fernando Krahn, de Doña Piñones. Ekaré.

¿Recuerdas a la Piñones?

Doña Piñones, la abuelita asustadiza creada por María de la Luz Uribe y Fernando Krahn, es un personaje entrañable de la literatura infantil de Chile. La protagonista de este cuento es una viejecita que vive sola en una antigua casa rural de estilo colonial, y es tan miedosa que duerme escondida detrás de su cama. Los vientos de los cuatro puntos cardinales la visitan y ella, en sus intentos de escapar y esconderse, tiene varios accidentes.

Escrito en verso para niños pequeños, el cuento *Doña Piñones* (Ekaré, 1981) es, a la vez, humorístico y melancólico. La protagonista podría ser la abuela o bisabuela de cualquiera, cuya vida remite al pasado, a un espacio nostálgico de tiempo detenido dentro de otro tiempo que continúa. Esta atmósfera se refuerza con las ilustraciones que muestran con detalle mobiliario y objetos antiguos -el brasero con las ascuas rojas, las fotos antiguas, la cocina de leña o el aparador con loza y cristalería-. Entre medio vemos a la doña Piñones iluminada por la luz suave y difusa que envuelve su casa. El tono es un tanto crepuscular y ver a la miedosa mujer que se debate entre sus quehaceres cotidianos y los sustos que la sacan de su rutina, produce risa y pena a la vez.

Doña Piñones se publicó por primera vez en junio de 1973, en la colección "Cuncuna" de la editorial Quimantú. Fue el número 20 (y último) de la primera serie de libros dedicada al público infantil chileno en edad preescolar. Esta colección abrió un espacio importante a autores e ilustradores nacionales, dio relevancia a la idiosincrasia del país y promovió el uso del lenguaje chileno frente a los españolismos. El golpe de estado en septiembre de 1973 arrasó con ella y con todo lo relacionado con Quimantú.

OTRO CHILE

La historia que rodea la publicación de *Doña Piñones* hace pensar en otro Chile y se recuerda con nostalgia esa breve época de grandes cambios sociales y de una socialización de la cultura sin precedentes en el país. La creación de la editorial nacional Quimantú ("sol del saber" en mapudungún) en 1972 por Salvador Allende fue un intento de dejar de tratar a los lectores como clientes para convertirlos en personas dignas de acceder a la cultura escrita mediante su democratización. "Cuncuna" es uno de los grandes hitos de la corta tradición de la literatura infantil nacional que suele ser olvidado.

Las primeras ilustraciones de Krahn del cuento se perdieron (para la edición de Ekaré en 1981, Krahn tuvo que hacerlas de nuevo). No se sabe qué pasó con los 30 mil ejemplares de *Doña Piñones* que salieron de imprenta (Quimantú hacía grandes tirajes). Seguramente fueron quemados por los militares o por la autocensura que ejercían muchos chilenos ante el peligro que suponía tener algún libro de Quimantú. La Biblioteca Nacional (Dibam) trató años después de reunir, infructuosamente, los 20 ejemplares de esta colección que se convirtió en una desaparecida más.

Camino a casa

Leí el libro álbum *Camino a casa* (Fondo de Cultura Económica, 2008), de los colombianos Jairo Buitrago y Rafael Yockteng, con una niña cuyo padre murió hace no mucho. Al principio, como cualquier lector, sintió curiosidad por esta historia, aparentemente fantástica, de una niña de más o menos su misma edad que recorre una ciudad opaca con un león fuerte y amable que la acompaña de vuelta a su casa. Le llamó la atención cuando se detienen en la guardería a buscar al hermanito, una guagua que aún no camina, y se rió con placer cuando el león le ruge fuerte al dueño del negocio que ya no les fía, pero que, asustado ante este león fiero, les pasa dos bolsas con alimentos.

Las páginas se suceden y la niña lectora mira con interés a la niña con el león llegar a casa, preparar la comida, cuidar a la guagua y salir a recibir a la mamá cuando vuelve cansada del trabajo. En las cuatro últimas páginas, la historia da un giro inesperado: "Puedes irte si quieres -le dice la niña del cuento al león-, pero vuelve cuando te lo pida", y la niña lectora fija una mirada diferente en esas páginas. Descubre algo, una foto en un velador junto a la cama, iluminada por la tenue luz de una lamparita de noche. Es una foto de familia en la que aparecen la protagonista del cuento, su hermanito, su mamá, y su papá. Despreocupados, sonrientes. Felices.

Y de golpe entramos en el territorio de la nostalgia, con el león que se va, con la foto de un momento feliz que ya no existe y al que se quiere volver o, al menos, conservar. Además, como un guiño al lector adulto, junto al velador hay una pila de diarios, y en el de arriba se alcanza a leer el titular de una noticia que menciona a los desaparecidos en 1985 en Colombia.

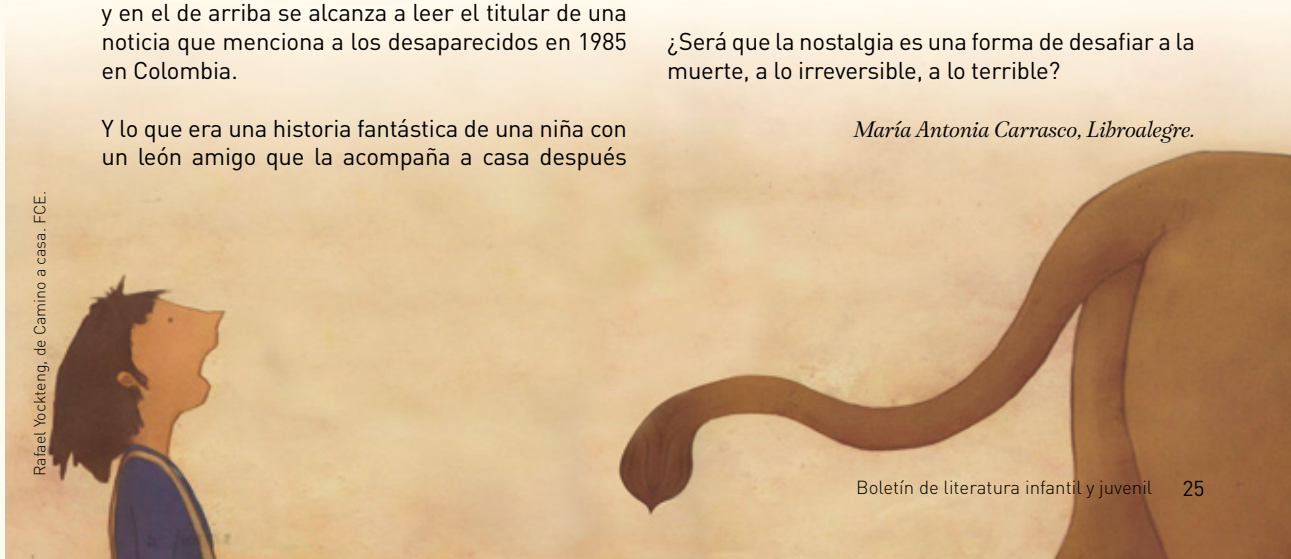
Y lo que era una historia fantástica de una niña con un león amigo que la acompaña a casa después de salir del colegio, se transforma en una alegoría política o en una historia de desaparición y ausencia en la que texto e ilustraciones sugieren más que dicen, insinúan más que revelan. Desde mi perspectiva adulta, un padre desaparecido forzosamente por motivos políticos, una familia rota y sumida en una pobreza digna, con una madre cansada y tristísima. Desde la perspectiva de la niña lectora, una niña como ella, sin un padre al que se echa de menos y al que -pese a no entender muy bien por qué se fue-, se le da permiso para irse porque "puede" volver -transfigurado en león amable y protector-, cuando se le pida.

Y me parece descubrir ahí las melancólicas miradas atentas de la niña del cuento y de la niña lectora, ambas teñidas de una profunda nostalgia, pese a su corta edad. Miradas fijas en una escena del pasado en la que la vida era normal, un momento antes de la desaparición que marcó sus vidas y que se captura en una foto a través de la cual recuperan un poco lo perdido y se animan a seguir adelante. Y no hay desesperación ni angustia en quien recuerda con nostalgia, por eso la niña del cuento se ve serena, por eso la niña lectora mira una y otra vez la página donde se autoriza al león a irse, donde se acepta que se vaya porque va a volver cuando se le pida, a través del recuerdo, de la memoria nostálgica. Y la niña lectora, después de haber vuelto varias veces a esas páginas donde el león se marcha, cierra el libro y me dice:

- Mi papá va a volver.
- ¿Cómo es eso?, le pregunto.
- Porque está vivo.

¿Será que la nostalgia es una forma de desafiar a la muerte, a lo irreversible, a lo terrible?

María Antonia Carrasco, Libroalegre.



Rafael Yockteng, de Camino a casa. FCE.

Al rescate de los libros antiguos

Shaun Tan, de Emigrantes. Bárbara Fiore

Desde su creación en 2014, Niño editor dedica gran parte de su catálogo al rescate de libros infantiles publicados por primera vez hace más de 50 años. Como la colección "Classic and rediscoveries", de la editorial estadounidense Enchanted Lion o "Les grandes rééditions", de la francesa MeMo, varias editoriales infantiles internacionales publican álbumes muy difíciles de encontrar en librerías y bibliotecas. ¿Por qué y cómo los editores infantiles a través del mundo deciden rescatar estos libros antiguos?

En 2017, Nadine Robert, fundadora de la editorial infantil independiente quebequense Comme des géants, decidió establecer un segundo sello llamado Le Lièvre de Mars (La Liebre de Marte), un guiño al personaje de Alicia en el país de las maravillas. Amante de la literatura infantil, tanto contemporánea como del siglo pasado, quiso compartir títulos de su colección privada de libros antiguos, como los de la artista finlandesa Tove Jansson, la creadora de los Moomins. Rescatar así un libro indisponible se hace necesario para permitir su difusión e impedir su completa desaparición con el paso del tiempo. Algunos álbumes sólo siguen viviendo por la pasión de coleccionistas que los conocen. El editor permite la transmisión de las historias de un siglo a otro.

Para algunas editoriales, rescatar un libro, en algunos casos ya presente desde años en su catálogo, es una oportunidad para fidelizar a sus lectores creando una conexión entre varias generaciones. La editorial neozelandesa Gecko Press publica con regularidad nuevas versiones, como antologías, de las historias de Joy Cowley, una de las autoras infantiles más emblemáticas del país. Durante un espectáculo de cuentacuentos en Nueva Zelanda, me di cuenta del fervor intergeneracional que provoca esta autora. Los niños descubrieron sus historias, los adultos recordaron sus propias infancias. Al final, son los adultos los que hacen cola, un poco intimidados, para pedir una dedicatoria. Esta transmisión entre las generaciones es esencial para establecer el patrimonio literario, ya que son los adultos los que van a aconsejar la lectura de ciertos libros a los niños, y los que van a juzgar el interés literario y cultural de un libro calificandolo con el tiempo como un libro "clásico" de la literatura infantil.

Otras veces, el rescate de un libro implica también su traducción a un idioma nuevo. Eso puede ser muy simbólico cuando el libro se publica por primera vez en el país de nacimiento de su autor. Miroslav Šašek era un ilustrador checo nacido en 1916 en Praga, que se exilió a Europa occidental al principio de la Guerra Fría. En los años 50, publicó allá una serie titulada "This is", álbumes-guías turísticas para niños sobre grandes ciudades y países del mundo como París, Nueva York o Hong Kong. Tuvieron mucho éxito en los países anglohablantes antes de caer en el olvido. Recién, mientras que editoriales de Francia o de Estados Unidos descubrieron de nuevo sus títulos, la editorial checa Baobab los ha traducido para incorporarlos al patrimonio literario y gráfico del país.

Al rescatar un libro antiguo, se crea una conexión entre varias generaciones.

Cada álbum se inscribe en un contexto histórico particular y rescatar antiguas obras de la literatura infantil permite también distanciarse de la producción editorial actual y ofrecer nuevos puntos de vista, a veces más modernos que nuestra aparente libertad de tono de hoy. La editorial francesa La Ville brûle ha publicado de nuevo en los últimos años varios libros de Agnès Rosenstiehl, una autora muy conocida en Francia por su serie Mimi Cracra, una chica astuta y curiosa que descubre el mundo. En paralelo a esta historia, escribió en los 70 otros álbumes como Les Filles o La Naissance que cuentan, con una mirada infantil, el descubrimiento del género y de la sexualidad. Son álbumes infantiles feministas siguiendo las ideas vehiculadas por las protestas sociales de mayo del 68 y el movimiento hippie, y hasta la autora conflesa hoy que su escritura habría sido distinta en el ámbito actual, menos atrevida, pues las niñas en las historias de hoy son menos revolucionarias y rebeldes.

Conservar el patrimonio literario pasado, transmitirlo de generación en generación, conectarse de nuevo con su Historia, o pensar en el futuro, son algunas de las razones para explicar el interés de las editoriales infantiles por los libros antiguos. Pero, en la profusión de la producción editorial, no es tan fácil publicar de nuevo libros indisponibles.

Las nuevas tecnologías han facilitado el acceso a libros de diversas épocas, su indexación, su consultación y su compra. Algunos sitios web se especializan en la venta de libros raros, mientras bibliotecas nacionales de varios países del mundo los proponen libremente y gratis en sus bibliotecas numéricas. En caso de publicación, las editoriales deben investigar para encontrar la o las persona(s) a cargo de los derechos del libro para pedir su autorización.

De acuerdo con los derechohabientes, las editoriales tienen varias opciones en cuanto a la nueva versión del libro. Pueden reproducir exactamente el libro original o modernizarlo adaptando el texto a la época actual (en su vocabulario o en su extensión), encargando nuevas ilustraciones a un artista contemporáneo o cambiando el formato del libro. También pueden decidir sólo utilizar los protagonistas de una historia, o cambiar el género literario de una obra (por ejemplo, convertir un cómic en un álbum infantil).

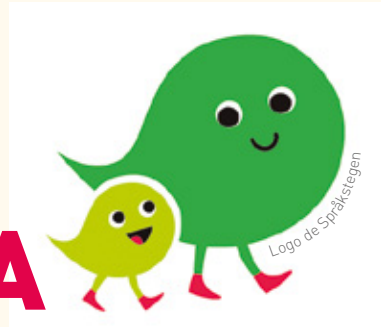
El rescate de libros antiguos puede resultar en una cooperación próspera entre diferentes actores. En el caso del artista checo Šašek, la publicación de su libro en República Checa fue posible gracias al trabajo conjunto de la editorial Baobab y de la fundación creada por los herederos del artista. En Francia, la editorial Albin Michel Jeunesse y la Biblioteca Nacional Francesa co-editan regularmente nuevas versiones de libros antiguos disponibles en los fondos de la biblioteca.

Publicar libros del pasado puede ser una forma de pensar en el futuro.

En definitiva, cuando deciden rescatar libros antiguos, las editoriales deben pensar en el lugar que va a ocupar este nuevo libro en la producción, y en cómo los lectores de ahora van a recibirlo. Es importante no alterar la obra para garantizar que los niños y los adultos tanto de hoy como del mañana, pueden aprovechar este rico patrimonio literario mundial.

Noémie Belanger, máster en Edición por la Universidad de Paris X, y exploradora de LIJ por el mundo.

LA ESCALERA DEL LENGUAJE



La visita

Toc Toc, alguien toca la puerta. Es la enfermera de pediatría del consultorio que viene a conocer el hogar del bebé que nació hace ocho meses. Es una visita programada de prevención de salud sueca y se hace a cada familia con un nuevo integrante. La enfermera viene a ver cómo están el niño y sus padres, conversar un poco sobre el desarrollo del bebé y sus necesidades. Pero la visita no termina ahí porque la enfermera trae un regalo: un libro. Entrega el regalo a los padres y se sienta con ellos a leer *Toc Toc* (Tidholm, 1992) en voz alta al bebé. Se trata de una lectura dialógica, donde manda el interés del bebé. En la etapa en la que está un niño de ocho meses, es bastante probable que quiera manosear el libro y tocar las puertas que van apareciendo en la historia. A lo mejor quiere detenerse detrás una puerta particular porque le interesa lo que hay en cierta pieza y no en otra, quizás solo quiere mirar una misma página todo el tiempo, o puede ser que después de tres páginas de lectura cierre el libro y no quiera más. Todo eso está bien, eso es lo que la enfermera les muestra a los padres. Lo importante es leerle en voz alta al bebé porque un niño al que se le lee, desarrolla el lenguaje.

La enfermera termina la visita con una invitación al grupo de lectura en la biblioteca local. En 10 meses más se volverán a ver en el control de los 18 meses en el consultorio. Allí harán lectura dialógica juntos otra vez, conversarán sobre la lectura y el desarrollo del lenguaje. Y La familia recibirá un nuevo regalo: una *"giftcard"* de otro libro. Pero esta vez los padres tendrán que ir a buscar el regalo a la biblioteca y así, ojalá, seguir subiendo con su hijo la escalera del lenguaje.

La escalera del lenguaje es un proyecto regional en el sureste de Suecia (Blekinge y Kronoberg) inspirado en el proyecto "Bokstart" (El inicio en el libro) que se ejecuta a nivel nacional en Suecia desde 2015. El objetivo principal es fomentar el lenguaje en los niños a través de lectura en voz alta desde muy temprana edad. La clave del éxito es la colaboración entre varios grupos de profesionales – bibliotecarias, enfermeras, fonoaudiólogas - para dar apoyo a padres y madres que se inician en la crianza. *La escalera del lenguaje* se inició en 2016 y desde entonces, los alrededor de cuatro mil bebés que nacen cada año en la región han participado en lecturas dialógicas.

S. Wik iniciadora del proyecto

Lectura dialógica

Sara Wik es la iniciadora del proyecto *La escalera del lenguaje*, cuyo objetivo es fomentar lectura en voz alta y desarrollo del lenguaje en los más pequeños en el sureste de Suecia. Después de trabajar muchos años en "el piso" como dice ella, es decir como bibliotecaria en filiales infantiles y en escuelas, Sara empezó en lo que se llama "Servicio regional de bibliotecas". Allí su función es cumplir con "la ley de bibliotecas" y apoyar las bibliotecas de los 14 municipios de la región. Eso lo hace, por ejemplo, a través de crear espacios de desarrollo profesional para las bibliotecarios y de generar redes entre diferentes actores sociales y profesionales – todo para seguir fomentando las bibliotecas como un espacio importante para niños y jóvenes.

Foto de prensa, Anna Nordström.

Enfermera visita la casa de una guagua de 8 meses y lee Toc Toc en voz alta a la guagua y a sus padres.

Algo que llama la atención en el diseño de La escalera del lenguaje es que no son las bibliotecarias las que leen en voz alta a las familias. Son enfermeras las que introducen la lectura dialógica, las que hablan con la familia sobre la importancia de leer y las que inspiran a acercarse a la literatura infantil. ¿Por qué?, le pregunto a Sara.

"Si fueran las bibliotecarias, no llegaríamos a todos los niños en una municipalidad, tendríamos que seleccionar ciertas áreas debido a la cantidad limitada de bibliotecarios. Los consultorios llegan a todos los niños que nacen y sus familias. Y pensamos que si llegamos a todos, llegamos a los que más lo necesitan también. Fue así que empezamos a educar a enfermeras y fonoaudiólogas en lectura dialógica, y respondieron con un entusiasmo muy positivo. Nuestro proyecto es el único en el que se lee en voz alta con cada nuevo niño, y estamos orgullosas de eso".

En un estudio sobre el proyecto *Facilitar el desarrollo temprano del lenguaje* (Lavesson & Ramirez, 2017) enfermeras cuentan sobre sus experiencias. Se producen momentos significativos en los grupos de lectura cuando los padres se asombran por la interacción de sus hijos y su capacidad de reflexionar y pensar. Sara comenta que hay, por supuesto, diferencias entre cada padre o madre en cuanto a la costumbre de lectura dialógica. Hay muchos padres que lo hacen espontáneamente, pero también hay otros que creen que tienen que esperar a que su hijo sepa hablar, para leerle. Por lo mismo es muy importante que los que promueven la lectura dialógica en el proyecto eduquen de una forma discreta, dando ejemplos en vez de corregir a un papá o a una mamá. Al fin y al cabo, dice Sara, se trata de "abrirles el apetito a los padres" en cuanto a libros y lectura.

Desarrollo del lenguaje

Un argumento importante para las enfermeras que participaron en el estudio es el desarrollo del lenguaje, algo que parecen recalcar en sus visitas a las casas. Le pido a Sara que explique a qué se refieren realmente en el proyecto con desarrollo del lenguaje.

"Es una pregunta que los fonoaudiólogos contestan mejor que yo, pero como es un proyecto de integración profesional, he aprendido de ellos, así que intentaré responder. Desarrollo de lenguaje es mucho más que hablar inglés, sueco o español, y saber muchas palabras. Es el desarrollo de la motricidad y de lo cognitivo, se trata de poder hacer escuchar tu voz como niño e individuo. Pensamos que no solo les enseñamos la importancia de leer a los padres, si no que también les educamos en escuchar a su hijo. Es muy habitual que un papá o una mamá se precipiten, al leer, en hacer pregunta tras pregunta al niño -'¿Qué es esto? ¿Y qué es esto?'- Y que piensen que se trata de enseñarle

muchas palabras. En la lectura dialógica es importante darle tiempo al niño para responder una pregunta, y aunque el niño no conteste nada, es valioso que el adulto haya preguntado y querido escuchar. Eso genera autoestima en el niño (y en cualquier individuo en realidad) porque se le muestra que hay interés en lo que piensa y opina, en conocer las palabras que le salgan. Cuando hablo con los políticos o jefes que necesitan entender la importancia de nuestro proyecto, les digo que un niño que se siente escuchado, aprende a expresar sus emociones y eso tiene consecuencias para toda la vida, en la escuela, en el juego y en relaciones humanas como, por ejemplo, de pareja: poder contar lo que sientes, lo que piensas".

Choque entre profesionales

Tanto en las descripciones del proyecto, como en los estudios realizados, se destaca el desarrollo del lenguaje, mientras que un posible desarrollo artístico no se menciona. Le pregunto a Sara si la experiencia literaria no tiene la misma importancia, y responde que tener experiencias literarias y encontrarse con diferentes expresiones artísticas en los libros es muy importante. Sin embargo, admite que es posible que la parte cultural quede un poco atrás en el proyecto por el paradigma de medir y pesar que rige en la sociedad actual. Sara cuenta que hay un choque entre los que trabajan en salud y los que trabajan en cultura. En la salud se trabaja con un niño y una familia a la vez. Todo es rutinario y eficiente para alcanzar a llegar a todos los niños (que es lo que se exige a nivel nacional), y todo debe ser igual para poder evaluar y tener un resultado medible. En el ámbito de la cultura, al contrario, se habla de lectura por placer y de que cada niño debe buscar el libro adecuado para él. La forma de trabajar es en grupos dinámicos y abiertos, con el pensamiento de que el arte no es medible. Esa es una mirada que choca con la visión más instrumental de la salud preventiva.

"Las enfermeras les pueden decir a los bibliotecarios: '¿Por qué simplemente no damos este libro a todos los niños si, al parecer, es el mejor?' Y nosotras decimos: 'Pero no, si los niños deben tener acceso a muchos autores diferentes'. Ese choque ha sido difícil y enriquecedor porque ambas perspectivas son necesarias. Uno se ve mejor a sí mismo al conocer otra profesión, hemos tenido capacitaciones en las que las bibliotecarias han preferido escuchar a fonoaudiólogas entregando datos y estas, a su vez, han amado las visitas de autores cuando el enfoque está en el proceso artístico.

Anna-Clara Tidholm, Gyldendal.

Hacía el futuro

La escalera del lenguaje lleva tres años ejecutándose y a partir de 2021 le toca a cada municipalidad tomar las riendas y asegurar los recursos para que sigan las visitas. Sara tiene mucha confianza que el proyecto seguirá porque desde del inicio se ha trabajado creando estructuras y reglamentos de apoyo. Además el proyecto ha sido muy valorado por políticos y jefes bibliotecarios, algo que me lleva a preguntar por qué proyectos como La escalera del lenguaje se consideran necesarios ahora en la Suecia del siglo 21. ¿Se debe a una disminución del nivel del lenguaje en general? ¿O es porque ahora hay recursos que antes no había?

"Creo que hay una sensación sí, entre bibliotecarios y fonoaudiólogos, de que antes los padres hablaban más con sus hijos, y de que ahora todo está muy saturado. Pero eso no es más que una sensación, no se puede confirmar con datos. Lo que sí hay ahora, y no había antes, son investigaciones que demuestran que con trabajo preventivo con niños pequeños, independientemente del área, tanto el niño como la sociedad ganan. Es una manera de pensar que se ha desarrollado en Suecia en los últimos 10 años. No siempre es fácil la colaboración entre diferentes actores en la sociedad, pero hay una mirada en común basada en la investigación".

Al terminar la conversación con Sara le pregunto si hay alguna edad a partir de la cual ya no es necesario realizar lectura dialógica:

"Pienso que nunca dejamos de hacer lectura dialógica. Imagínate un circuito de lectura de adultos, ¿no es lo mismo? Gente adulta se junta a hablar sobre un libro leído, a lo mejor no mientras leen (como con el niño), si no cuando han terminado. Pero, igual que con un niño, se comenta sobre qué personaje les gustó o no les gustó, sobre algo que les impactó, sobre otro libro parecido, etc. Es lo mismo, solo que el diálogo se adapta a cada edad. Cuando leemos con niños, son ellos los que deben manejar, y el adulto debe funcionar como una especie de muro al cual el niño puede lanzar su experiencia literaria para que le rebote de vuelta".

Equipo periodístico Libroalegre

LOS LECTORES HABLAN

"Gracias por una estadía emocionante en La Pieza Secreta. Gracias por los artículos interesantes e informativos en los que profundizar y gracias por las buenas sugerencias de libros LIJ que vale la pena leer. O leer en voz alta.

Una de las cosas que se me ocurrió durante la lectura del boletín fue la importancia de la lectura en voz alta. Ojalá acompañada de/o interrumpida por un diálogo entre el lector y los oyentes. Varios de los artículos mencionan esto y creo que no se puede subestimar la importancia de la lectura en voz alta - y que le lean a uno en voz alta.

Otra cosa que se me ocurrió mientras leía la presentación de literatura infantil y lo que puede contener, es que no hay que olvidar el amor, tanto de niños como de adultos, por la poesía (nonsense), las rimas infantiles de Halfdan Rasmussen, poeta danés, por ejemplo. Los versos sin sentido también son una forma de resistencia que, en el mejor de los casos pueden abrir la mente y los sentidos hacia la poesía de la realidad y sus recovecos y complejidades.

No es esa una mala manera de aprender (a amar) a leer, ni un mal camino hacia una tolerancia general y una franqueza social".

Malene Boeck Thorborg, 75 años. Vive en Copenhague y es traductora de poesía chilena.

"El contenido del boletín me pareció muy humano, como en pos de un cambio social, con una visión nueva, contemporánea. Y pensé, al leerlo, que escribir literatura para niños, como adulto, no debe ser nada fácil.

También siento que la revista se enfoca mucho en la literatura infantil que se hace en Europa, pero creo que no se puede mirar con los mismos ojos si hablamos de un país de Latinoamérica o de África. O si pensamos, por ejemplo, en una familia inmigrante, que es sacada bruscamente de su país, para llegar a otro con costumbres e historias diferentes, ¿le sirve la literatura que le dan allá?

La lejanía de su familia y amigos debe provocar una gran nostalgia, incertidumbre, y desubicación en los niñes de esas familias. Quienes puedan, deben escribir un poema, un cuento o una historieta donde recojan esa nostalgia y la conviertan en una herramienta para levantar a ese niñe".

Víctor Díaz, 66 años. Vive en Valparaíso y es dirigente social de barrio.

"Al leer La pieza secreta recordé mi tiempo de practicante de educadora de párvulos de Dinamarca en las bibliotecas Libroalegre. Recuerdo que hablábamos mucho de los libros infantiles de Chile/América del Sur, comparándolos con los de Dinamarca/Escandinavia. Los nórdicos nos parecían más entretenidos y a los niños chilenos les gustaban mucho. Me parece interesante y triste que después de 15 años, desgraciadamente, esta situación no haya cambiado mucho".

Alexandra Bravo, 42 años. Trabaja en una residencia para alcohólicos. Sus padres, ambos chilenos, se exiliaron en 1973 y ella nació y vive en Copenhague.

"Me encantó el formato tipo boletín, la estética utilizada y la forma de abordar la temática en cuestión, la resistencia. Desde el punto de vista de padre, cuando leí, pensaba mucho si los libros de los que se hablaba servirían para las niñitas, y también de qué otras formas se podrían contar.

Y como deseo personal para futuros números, me encantaría que trataran temas que enseñen formas de comunicación no violenta. Creo que para la cultura chilena sería demasiado beneficioso aprender de la forma en que se comunican en Dinamarca. Me refiero específicamente a formas de trato no violento, ni machista, ni jerarquizado. Creo que no solo los niños y niñas se beneficiarían, también los padres".

Miguel Campodónico, 36 años. Vive en Copenhague desde 2015, es ingeniero químico e investigador chileno.

EN EL PRÓXIMO NÚMERO DE LA PIEZA SECRETA:

La rabia en la literatura infantil

Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio
Gobierno de Chile

INSTITUCIÓN COLABORADORA

Libroalegre Ediciones

Centro Chileno Nórdico de Literatura Infantil